Pero las fuerzas del ejército aliado (*de Bolivia*) en completa dispersion, sin órden, sin que nada autorizara ese procedimiento, rompieron un fuego mortífero para nuestros soldados é inútil contra el enemigo. El campo se cubrió de esos soldados fuera de filas que disparaban desde largas distancias, avanzaban á capricho, ó escogian un lugar para continuar quemando sus municiones sin direccion ni objeto, produciendo un ruido que aturdia y una confusion que no tardó en envolverlo todo.... Mientras tanto, sordos á la corneta, indóciles al ruego, á la amenaza, á la exhortacion, y á todo, los soldados bolivianos, sin jefes, continuaban su obra con la precipitacion y frenesí propios de quien no tiene otro objeto que hacer incontenible el desórden. La conducta de las divisiones bolivianas, que hicieron irreparable la primera imprudencia (*el haber roto el fuego sin órden: lo que, todo parece indicarlo, fué no una simple imprudencia, sino un hecho premeditado para comprometer el éxito de la batalla*); que nos improvisaron un campo de batalla inesperado y mas digno de atencion que el del enemigo, plan inicuo preparado desde la introduccion en nuestras tropas de ciertos hombres que han necesitado infamar á su país para hacer surjir sus aspiraciones personales.... Es triste consignar tan deplorable extravío; pero debe constar que no hemos emprendido una retirada ante las fuerzas chilenas, incapaces de abandonar sus parapetos, y reducidas á la actitud mas estrictamente defensiva, sino que vimos surjir la desmoralizacion en nuestras

lucha, con perfecta claridad, las voces y los *hurrahs* de los guerrilleros que avanzaban sobre los cañones silenciosos (*que fueron tomados, perdidos y vueltose á tomar otras dos veces*) cuando una bala de revólver atravesó la ancha frente del bravo (*Espinar*) que los guiaba ladera arriba (*desde tiempo ya se encontraba con sus soldados sobre el cerro*), y quedó allí instantáneamente cadaver.... Muerto éste la batalla estaba ganada. »

V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 927 y 29.



filas, y hemos sido víctimas del golpe acertado por la perfidia contra dos Naciones.... »

En el parte del Jefe del batallon *Puno*, nº 6, se lee: « Eran las 3 h. 20 p. m. cuando se hizo el primer disparo de cañon sobre nuestra fuerza, presentandose en este momento una division boliviana por nuestra retaguardia, rompiendo sus fuegos sobre nosotros.... Trascurridos 15 minutos recibimos órden de atacar y tomar las posiciones enemigas por ese flanco.... El ataque fué tan impetuoso como lo requerian las circunstancias; y merced á ésto logramos avanzar hasta apagar los fuegos del enemigo por esa parte, y rechazarlo hasta su segundo atrincheramiento.... mas como los enemigos tuvieran en la planicie 6000 hombres, poco mas ó ménos, renovaron su defensa, ocasionandonos gran número de bajas. El fuego enemigo por una parte, el del *ejército boliviano por retaguardia* y el de guerrillas de la primera division del Perú, que converjian sobre el sitio que ocupabamos, dió lugar á nuevas bajas y al rechazo que desgraciadamente lamentamos. Ademas nos encontrabamos faltos de municiones y sin proteccion de fuerzas: no obstante habiamos logrado tomar una pieza de artilleria.... »

En el parte del Jefe del batallon *Lima,* Morales Bermudez, encontramos: « ...El enemigo rompió sus fuegos de artilleria, y el batallon conforme á las instrucciones recibidas continuó su marcha en batalla, hasta que pasando la falda del cerro principió su ascension, perfilando las compañias por el flanco y recibiendo el fuego enemigo sin contestarlo, hasta.... á esta altura se rompió el fuego, ganando siempre terreno con rapidez, hasta colocarnos al nivel de la columna lijera de vanguardia, compuesta de una compañia del batallon *Zepita* y otra del *Illimani:* con esta fuerza, y en union del batallon *Puno* se logró en pocos momentos desalojarlos de sus parapetos (*á los enemigos*) y que abandonasen los dos cañones que nos ofendian por

ese costado, y que no obstante de haberse intentado por algunos soldados hacerlos girar para nuestra defensa, fué imposible ejecutarlo, por hallarse firmemente asegurados en tierra... Tres veces consecutivas trató el enemigo de disputarnos el terreno, y otras tantas veces fué rechazado, hasta que agotadas las municiones, cansada la tropa, diezmada por el nutrido fuego, *sin esperanza de recibir refuerzo alguno del resto del ejército que permanecia de mero espectador del combate*, y finalmente *sufriendo el fuego incesante que nos hacia el ejército boliviano, causandonos mayor número de bajas que las que hacia el enemigo*, infundió el desaliento y el desórden en nuestras filas que se veian asesinadas á mansalva por los fuegos de amigos y enemigos.... »

Dice el escritor chileno Vicuña Mackenna: « El Puno y el Illimani (*debia decir el* Lima) en columna cerrada, barridos por la metralla y fusilados por la espalda, á virtud de la indescriptible confusion en que entraron los cuerpos de retaguardia, marcharon á San Francisco, cuya oficina ocuparon.... (1). »

El escritor chileno, no pudiendo negar que las pocas tropas que se batieron contra el ejército de sus pais, fueron fusiladas por la espalda por sus mismos amigos y compañeros, atribuye este hecho á la sola confusion que se habia introducido en el ejército perú-boliviano; y esto se comprende facilmente, porque es muy natural que los chilenos conserven alguna gratitud á ciertos bolivianos que, con deshonra y perjuicio propio y de su pais, por el cual es necesario decirlo, fueron duramente censurados, trabajaron en pró de Chile mucho mas que los mismos chilenos. Sin embargo, es un hecho de los mas evidentes, que excepto dos compañias del *Illimani*, las cuales en union á otras dos del *Zepita* peruano, cumplieron dignamente con su deber en

(1) *Obra cit.*, t. II, pag. 923.



el asalto de las posiciones enemigas, los batallones bolivianos fueron los únicos que, haciendo fuego desde lejos y á retaguardia de los batallones peruanos empeñados en el ataque, arrojaban sobre éstos, mas bien que sobre el enemigo, su mortífero plomo. No queremos decir con esto, que lo hicieran intencionalmente, pues no está todavia suficientemente probado; pero que lo hicieron, y que fueron ellos solos, no admite duda; como no la admite tampoco el hecho de que, al saber la fuga, ó *retirada* de Daza, la mayor parte de los Jefes y oficiales bolivianos, que le eran hostiles y abrigaban ambiciones por su propia cuenta, se propusieron desvincularse lo mas pronto posible del ejército aliado del Perú y volver diligentemente á Bolivia con sus batallones, para ser los primeros á llevar la noticia del indigno proceder de Daza, y en su consecuencia, para precipitarlo de la Presidencia de la República, y recoger su herencia.

El medio mejor, es mas, el único que se prestase á la ejecucion de semejante proyecto, era el de una derrota del ejército de la alianza, para poder justificar su vuelta á Bolivia con el pretexto de haber buscado en la fuga la única via de salvar sus divisiones de una cierta y total destruccion; único caso que permitia tambien insistir mayormente sobre la indigna accion de Daza, presentando el desastre de San Francisco como una consecuencia de su retirada; lo que realmente fué muy cierto por dos razones: 1°, por la ausencia de Daza y de su aguerrido ejército: 2°, porque es indudable que si Daza se hubiese encontrado alli, ellos y sus divisiones bolivianas no hubieran faltado á su deber. Efectivamente, apénas terminado el combate con la llegada de la noche, los bolivianos, oficiales y soldados, emprendieron todos en masa el camino de Bolivia (1), donde llegaron á mar-

(1) « Los Bolivianos habian huido en masa sin excepcion. »
V. Mackenna, *Obra cit.*, t. II, pag. 949.

chas forzadas, armando grande algazara y lamentos contra Daza, principalmente los Jefes, con el fin de echarlo del poder y colocarse en su lugar. El país sin embargo supo á que atenerse sobre su conducta: no viendo en ellos, mas que fugitivos que habian desertado del campo de batalla donde se decidian los mas vitales intereses de la Nacion, los acogió con el profundo desprecio á que se habian hecho acreedores.

Por cuanto precede, el lector habrá comprendido ya que la jornada de San Francisco ó de Dolores, como la llaman los chilenos, terminó á favor de estos últimos. Sin embargo una explicacion es necesaria: conviene distinguir el hecho de armas en si mismo, de los acontecimientos que le siguieron.

Como hecho de armas, merece apénas que se hable de él. Empeñada la batalla en un extremo de la línea de los aliados, por una sola division, mientras se habia decidido no entrar en accion hasta el alba del dia siguiente, y en su consecuencia sin plan, sin precedente distribucion de sitios de combate y sin que ninguno supiese lo que debia hacer, la division que inició la lucha rompiendo el fuego, fuerte de 1400 hombres escasamente, fué la única que tomó parte en la accion. Es cierto, que con un buen mando y con una buena oficialidad, no hubiera sido nada dificil generalizar la lucha; tanto mas cuanto que, como se lee en el parte del Jefe del Estado Mayor, se habia ya combinado un plan de batalla, que queria llevarse á efecto una hora ántes, y que luego se decidió dejar para el dia siguiente. El enemigo se encontraba allí, delante de ellos, un enemigo que no se movia, que permanecia en sus posiciones en la mas estricta defensiva, disparando sus cañones como desde las almenas de una torre; y nada mas fácil hubiera sido, es mas, era la cosa mas natural del mundo, adoptar el plan ya establecido y llevarlo á cabo. Pero si por una parte hemos visto lo que hicieran las divisiones bolivia-



nas, que por su número de 3000 hombres representaban mas de la tercera parte del ejército, la conducta de las divisiones peruanas, exceptuando la que entró en accion, no fué ciertamente mucho mejor (1). Con el pretexto de que la accion habia sido mal empeñada, de que no habian recibido á tiempo las órdenes oportunas, ó que las habian recibido del uno mas bien que del otro, los diferentes Jefes de los batallones, de las brigadas, ó de las divisiones, hicieron cuanto les fué posible para permanecer extraños al combate; á un combate en el cual se hallaban en juego los destinos del país, y que fué reducido á las simples proporciones de una insignificante y mezquina escaramuza. Unos obligaron sus tropas á permanecer inactivas con el arma al brazo, bajo el pretexto de esperar un momento propicio que no llegó nunca, para correr en auxilio de sus hermanos que luchaban con el enemigo; otros las hicieron andar inutilmente adelante y atras, ejecutando maniobras imaginarias cuyo solo objeto era tenerlas lejanas del campo de batalla; y otros finalmente emprendieron la fuga, con ó sin ellas, para ir á esparcir indignas calumnias en Tacna y Arica, contra el General en Jefe y contra el Jefe del Estado Mayor, de los cuales eran todos, quien mas, quien ménos, enemigos ó rivales.

Acostumbrados estos oficiales en las contínuas luchas revolucionarias de su país, á batirse no para el triunfo de una causa ó principio político, sino á favor, ó en contra de una ó mas personas; á dejarse guiar no por la imperiosa ley del deber, sino unicamente por la de sus propias pasiones; á ver en aquél que peleaba á su lado ó en contra de él, nada mas que el amigo ó

(1) No se maravillen nuestros lectores europeos, al oir hablar de tantas *divisiones*, tratandose de un ejército tan reducido; siendo asi, que frecuentemente una division pasa con dificultad de mil hombres. Digase lo mismo de las brigadas y de los batallones. Las divisiones chilenas, sin embargo, son bastante mas numerosas.

el enemigo, el compañero ó el rival (causa de los tantos pro nunciamientos, de las tantas defecciones y de los tantos cambios (*voltafaccia*) instantáneos y repentinos), olvidaron al enemigo del país, al extranjero que tenian enfrente, y se acordaron unicamente de sus cuestiones personales con sus compañeros de armas, y de sus propias enemistades, ó rivalidades. La victoria sobre el ejército enemigo hubiera principalmente cubierto de gloria á Buendia y á Suarez (sobre todo á este último), mientras la derrota los habria desprestigiado, comprometido y perdido para siempre ante el país: y toda la mala voluntad, todo el odio acumulado lentamente en sus ánimos contra estos dos individuos, en los siete meses que fueron sus superiores, se impuso á ellos en aquel momento supremo en que su conducta podia, y debia concurrir grandemente, á colocar sobre las aborrecidas cabezas de aquellos la corona de laurel, ó la de espinas (1).

Esto no es mas que efecto necesario de aquella vieja escuela revolucionaria de la cual hemos hablado varias veces, y de la cual es conveniente que digamos todavia algunas palabras mas.

---

(1) Al describir la marcha del ejército perú-boliviano desde Iquique á San Francisco, el escritor chileno *Vicuña Mackenna* habla difusamente de estas rivalidades y de sus desgraciados efectos, como se lee en los párrafos que reproducimos: « La discordia habia estallado en el campo enemigo.... Escenas de violencia y de reproche tenian lugar á cada instante bajo la tienda del Estado Mayor. A las tres de la tarde del 18 dióse la órden de avanzar; pero la discrepancia de las voluntades y el calor de los enconos tocaba ya en el motin; y algunos de los Comandantes de division dieron en ambos campos (*peruano y boliviano*) el funesto ejemplo de negarse á obedecer, á la vista del enemigo.... La discordia (*encontrandose ya bajo los parapetos de San Francisco*) cundia en vez de aplacarse, y la tienda de campaña del General Buendia se habia trocado en el campo de Agramante. »

*Obra cit.*, t. II, pag. 847, 886 y 889.



Tanto en el Perú como en Bolivia, el oficial no debe su título de tal, y sus ascensos sucesivos, hasta Coronel por lo ménos, que al favor de uno ó mas *Caudillos*, á los cuales prestó él mismo sus servicios, sea directamente sirviendo en sus filas, sea indirectamente sirviendo mal á sus enemigos ó competidores. Así en el Perú como en Bolivia, los oficiales que han llegado á Coronel se consideran no solamente en la posibilidad, sino en el derecho de hacerse Presidentes ó Dictadores de su país. Pero tanto en uno como en otro Estado, hay muchisimos Coroneles; tantos tal vez, cuantos serian necesarios si aquellas Repúblicas tuviesen habitados todos sus extensos territorios: y como á Presidente ó Dictador no pueden llegar mas que uno despues de otro, la concurrencia es demasiado notable, y todos tienen prisa de pasar delante de los otros, para no correr el peligro de quedarse muy atrás en la multitud, y no llegar nunca. Cada uno de ellos vé por consiguiente en todos los demas, tantos rivales y enemigos que se interponen entre él y la suprema magistratura del Estado, tantos obstáculos que tiene que vencer para llegar á apoderarse del codiciado poder, hácia el cual se dirijen todos sus esfuerzos y todos sus pensamientos: y nace de aquí que cada uno de ellos se crea en el derecho, es mas, en el deber de combatir á todos los demas, en toda ocasion y circunstancia, y de hacer cuanto le sea posible para perderlos en la pública opinion. En cuanto á concurrir á que uno ó mas de sus odiados rivales gane terreno sobre él en la consideracion pública, ésto sería considerado, ante sí mismo y ante sus propias aspiraciones, como la mayor de las necedades, por no decir como el crímen mas absurdo. Es simple cuestion de desarreglo ó corrupcion del sentido moral; y mientras no acabará con el militarismo su desgraciada y desordenadora escuela revolucionaria, aquellos países, por tantas razones llamados á ser grandes y poderosas Naciones, al mismo tiempo que no conoceran nunca

los goces de la prosperidad interior, seran siempre fácil presa del primer puñado de aventureros armados, que ponga el pié en sus territorios.

Por consiguiente, la batalla de San Francisco no fué, como hecho de armas, mas que una simple escaramuza, una simple tentativa aislada de una sola division del ejército perú-boliviano contra el de Chile; el cual, sin tomar un solo momento la ofensiva, lo que le hubiera sido tan fácil como fecundo en ventajosas consecuencias, no hizo mas que defender con su formidable artillería sus casi inexpugnables posiciones; de tal manera que cuando terminó el breve é insignificante combate, creyó que aquel no habia sido mas que un reconocimiento preliminar ejecutado por el enemigo. Esto es tan cierto, que él creia firmemente que la verdadera batalla debia librarse el dia siguiente; por manera que se mantuvo sin moverse en sus posiciones, y pidió inmediatos refuerzos y municiones al General en Jefe que se encontraba en Jazpampa, y que llegó aquella misma noche. Sobre este particular, dice el chileno Vicuña Mackenna: « No fué la de San Francisco propiamente una batalla.... Era universal en el campo chileno la conviccion de que la batalla verdadera se libraria al amanecer del dia 20: y pasaron todos los cuerpos aquella frijidisima noche, sin fuego, casi sin alimento.... Solicitaronse tambien por el telégrafo urgentes socorros de refuerzos, municiones y viveres (1). »

Solamente con la primera luz del siguiente dia 20, los chilenos comprendieron, por la completa ausencia del enemigo, que habian quedado dueños absolutos del campo de batalla; así mismo como fué solamente por algunos heridos peruanos encontrados en las cercanías de San Francisco, el mismo dia 20, que supieron la desercion en masa de las divisiones bolivianas. Por los

(1) *Obra cit.*, t. II, pag. 943, 946 y 947.



mismos heridos conocieron tambien, que el ejército peruano se retiraba en completo desórden hácia Tarapacá; hecho que les fué confirmado al poco rato por el hallazgo de los cañones que aquél abandónara en el cámino por falta de ganado, y que ellos recogieron; siendo así que pudieron gozar inesperadamente de todas las ventajas de una gran victoria, sin haber hecho nada ó casi nada para obtenerla, y gracias unicamente á la incalificable conducta de aquellos mismos que tenian el deber de disputarsela.

A pesar de todo esto, sea por temor, sea por inercia ó impericia, el ejército chileno, sabedor de que se encontraba á pocas millas de distancia, no un ejército, sino tres ó cuatro mil soldados escasamente que marchaban á la desbandada, sin víveres, sin agua, y con el ánimo lleno de amargura y abatimiento, no dió un solo paso en su persecucion, y los dejó tranquilamente retirarse á Tarapacá y reconstituirse (1).

Pero al mismo tiempo que como hecho de armas la batalla de San Francisco fué poco ménos que nada, tuvo para los chilenos, á causa del intrínseco malestar que roia al ejército perú-

(1) « El ejército del General Buendia, *derrotado sin haberse batido,* descansó en *Curaña*, la tarde y la noche del dia 20 y la mañana del 21. Todo su refrigerio consistió en dos ó tres cabras distribuidas á cada batallon. Pero en la noche del primer dia el incansable Coronel Suarez se adelantó á Tarapacá, y poniendo allí á requisicion el patriotismo y el terror juntó víveres, cabras, ovejas, llamas, y hasta asnos, para saciar el hambre de sus infelices soldados y apagar en el sueño su fiebre. Quedó en su ausencia á cargo del campo el prudente Coronel Bolognesi, jefe mas antiguo, y éste hizo emprender la marcha hácia Tarapacá á las 2 de la tarde del 21.... Nuestro ejército (*el chileno*) amodorrado en las calicheras no movia todavia una sola patrulla en demanda del enemigo, que se rehacia á su vista. Así pasaron los mortales dias 20, 21, 22 y 23 de Noviembre, dejando escaparse un ejército que fugaba á pié, teniendo nosotros montados á la puerta del cuartel general 500 magnificos jinetes. »

V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 986 á 988.

boliviano, y que allí encontrára la desgraciada solucion que hemos visto, toda la importancia de una victoria colosal; es decir la de hacerlos dueños del codiciado desierto de Tarapacá, y de aquel Iquique mismo, que ellos deseaban tanto y al cual tenian tanto miedo de acercarse.

A la defensa de Iquique, despues de haber salido el ejército perú-boliviano que se desuniera mas tarde al pié del cerro de San Francisco, no habia quedado mas que una division de 1500 hombres, la cual fué llamada luego por el General Buendia á Tarapacá, para donde salió el dia 22. Con la salida de esta última fuerza, Iquique se quedó sin guarnicion, y hasta sin policia, entregado á sí mismo; y el Prefecto (Gobernador) creyó conveniente *liar el petate* y entregar la ciudad al Cuerpo Consular extrangero; el cual, no sabemos si por encargo del mismo Prefecto, ó de *motu propio*, para salvarla del furor del ejército chileno, que ciertamente la hubiera tomado sin fatiga alguna, cuando hubiese querido, la entregó á su vez al Comandante del blindado chileno *Cochrane*, que bloqueaba el puerto, el cual tomó posesion de ella en nombre de Chile, desembarcando unos sesenta marineros de la tripulacion de su buque.

¡El Perú se suicidaba; y Chile hacia de sepulturero, recogiendo el cadaver!

# IX

## BATALLA DE TARAPACÁ

### RESÚMEN

Cuatro dias despues de la batalla de San Francisco, los chilenos alcanzan al ejército peruano en Tarapacá. – Esperan refuerzos. – Contingentes respectivos de los ejércitos. – El ejército peruano estaba desorganizado. – Tarapacá. – Sorpresa y valerosa defensa de los peruanos. – El historiador Mackenna quiere atenuar la derrota de los chilenos. – Los peruanos, aun faltandoles municiones, obtuvieron una espléndida victoria. – Porque no aprovechó en modo alguno al Perú. – Los peruanos se dirijen á Arica. – Fanfarronadas chilenas. – El desierto de Tarapacá queda en poder de los chilenos.

DESPUES del simulacro de batalla de San Francisco, el ejército chileno permaneció inactivo, como si estuviese clavado en sus posiciones, por espacio de cuatro largos dias; mientras todo exijia que se hubiese puesto inmediatamente en persecucion del enemigo, desde la misma noche del 19: la posicion de éste era tan triste que, une vez alcanzado, hubiera acabado